
LIBROS

EL ATEÍSMO CALVINISTA DE LOS PAÍSES BAJOS

¿Existe lo que podríamos llamar un ateísmo calvinista? Hoy, mucha gente en los Países Bajos ha renunciado al calvinismo, pero ciertos valores subsisten en la mentalidad de las personas. ¿Cómo repercuten estos valores en la cultura política?

ISABEL-CLARA LORDA VIDAL

Stephan Enter, *Pastoral*, Traducción de Isabel-Clara Lorda Vidal. De Conatus Editorial, 2022.

Lla reciente novela del escritor holandés Stephan Enter, *Pastoral*, relata la historia de dos jóvenes hermanos, criados en el asfixiante ambiente conservador de un pueblo de la Holanda “profunda”, que buscan su identidad al tiempo que intentan liberarse de la estricta educación protestante que ha determinado sus vidas. La novela, cuyo título responde al doble sentido de “lugar bucólico” y de “*Pastoral* religiosa”, nos invita a reflexionar acerca de la impronta que deja en las personas una

educación de esta naturaleza. Y por otra parte, trascendiendo el plano individual y el marco de la obra, nos suscita casi inevitablemente una pregunta: ¿cómo repercute este sustrato religioso en la mentalidad social y política de los Países Bajos de hoy?

Para tratar de responder a estas cuestiones empezaremos por una sinopsis de *Pastoral*. La historia se desarrolla en los años ochenta en Brevendal (un pueblo ficticio que en realidad representa Barneveld, el municipio en el que se educó el propio autor) emplazado en el llamado “cinturón bíblico”, una zona del interior del país que concentra el mayor número de protestantes ortodoxos calvinistas de los Países Bajos y en el que tradicionalmente domina la derecha cristiana neerlandesa. Un pueblo que se presenta dividido en dos distritos: el de los reformados (o calvinistas) y el de las familias moluqueñas (procedentes de la antigua colonia de las Indias Orientales neerlandesas), dos mundos distantes que apenas se comunican entre sí y que se miran con recelo.

Los hermanos Louise (20 años) y Óscar (17 años) son hijos de una familia neerlandesa acomodada pero venida a menos, que desde hace generaciones vive en una gran casa antigua donde se respira la decadencia, en una finca rodeada de jardín y bosque. La madre, una mujer extremadamente devota, consagra su vida a hacer obras de caridad para la comunidad reformada del pueblo en estrecha colaboración con el consejero parroquial, que se caracteriza por sus ideas ultraconservadoras; el padre, un hombre culto y afectuoso, cada vez más solitario y alejado de la religión (según la madre “había perdido un poco el camino desde que había dejado de reconocer al Salvador como su Líder”), vive prácticamente encerrado en su estudio donde pasa las horas leyendo y tocando el piano.

Louise, una joven expansiva y de carácter rebelde, que estudia en la ciudad, regresa en verano a la casa familiar y, sumida en una crisis personal, durante su estancia en el pueblo recordará episodios de su infancia con el propósito de indagar en un pasado del que busca liberarse para siempre. Durante este periodo, en el que entra en contacto con el hijo del nuevo pastor del pueblo, se percatará del profundo

vínculo emocional que, con todo, la sigue atando a la comunidad, al mundo rural y a la casa familiar, pero también del daño que le han infligido la educación religiosa y la atmósfera opresiva de su pueblo, a pesar de ser hija de unos padres comprensivos y tolerantes. “...ella solo se avergonzaba de una cosa: de haber creído de niña en el Padre, el Hijo, el Espíritu Santo y en todos los milagros de la Biblia”. Por otro lado, su hermano Óscar, estudiante de instituto, un chico serio y responsable (“era como si la silenciosa circunspección de los reformados hubiera descendido sobre él”), siente el hastío del pueblo, pero no tardará en descubrir otro mundo –e incluso el amor– al entrar en contacto con la hermana de un chico ambonés de su clase, un joven conflictivo que le presentará a su familia y le abrirá los ojos a otra cultura y a los problemas de la comunidad moluqueña en Holanda. Ese otro barrio del pueblo, con sus casas de puertas abiertas, sus telas coloridas en las ventanas y el olor a comida oriental impregnando las calles, contrasta vivamente con la zona donde residen los reformados, con sus viviendas todas idénticas, los visillos descorridos, los pesados muebles rústicos y las citas del Antiguo Testamento enmarcadas en las paredes. “Mientras miraba las casas, a Óscar le pareció que ni la luz más fuerte del sol era capaz de penetrar en las profundidades de esas salas de estar, ni tampoco la posibilidad de que una verdadera alegría de vivir –de disfrutar de la propia existencia y de la de otros seres desprovista de la conciencia de pecado, de descarrío y de la inevitable ira de Dios–, rozara alguna vez las almas de sus habitantes”.

La novela de Stephan Enter –con su estilo elaborado, su tono intimista y sus bellas descripciones de un mundo rural cada vez más amenazado por el crecimiento urbano–, contiene numerosos elementos autobiográficos y pone sobre el tapete dos temas que han sido ampliamente tratados en la literatura neerlandesa contemporánea –además de la II Guerra Mundial–: la revisión crítica del pasado colonial y la pérdida de la fe, en especial entre los calvinistas. El propio autor ha manifestado en entrevistas que él también, al igual que los hermanos protagonistas de *Pastoral*, tuvo que liberarse poco a poco del peso de la educación recibida. Cuenta el autor que a partir de la

publicación de su novela en los Países Bajos (2019) recibió numerosas cartas de personas que intentaban convencerle de volver al “camino angosto”, algunas incluso con amenazadoras citas del Apocalipsis. En una entrevista en el *Barneveldse Krant* del 23 noviembre 2019, el autor dice: “En realidad Louise es como yo, una atea reformada, aunque su rabia es más fuerte que la que yo sentí. Ella ha aprendido a leer la Biblia de forma literal y ajusta cuentas con la religión con esa misma racionalidad. El catolicismo concede más valor a los rituales y a la comunidad, los reformados son más individualistas y racionales”. En realidad Louise es, como el propio autor, una atea que domina “la lengua de Canaán”, la jerga usada en los círculos calvinistas ortodoxos. En esta misma entrevista, Enter concluye que él no volvería a vivir en su pueblo, pero que en el fondo está orgulloso de su conocimiento de esta lengua.

Pastoral suscita pues varias reflexiones. La primera es la constatación de que incluso los apóstatas que han renunciado conscientemente al calvinismo no se desprenden fácilmente del lenguaje bíblico y de los valores o la mentalidad que este lenguaje proyecta. Llama la atención la extraordinaria pluralidad de iglesias protestantes existentes en los Países Bajos –constituidas a lo largo de la historia a partir de un sinnúmero de cismas y unificaciones–, cada una de las cuales defiende hoy sus propias ideas respecto a asuntos como la bendición religiosa del matrimonio homosexual o la ordenación de la mujer. Los principios originarios del protestantismo son bien conocidos: la biblia como la palabra de Dios (la sola *Scriptura*), lo que implica el rechazo de tradiciones ajenas al texto original y la extraordinaria multiplicación de iglesias, pues cada una de ellas interpreta la Escritura a su manera; una religiosidad basada en la fe (la sola *Fide*) practicada de forma personal, íntima y subjetiva; y la noción de gracia, que permite la salvación del hombre por la sola fe. También es conocida la ética derivada de tales principios: el trabajo duro, la disciplina personal, el ahorro, la frugalidad... Recordemos la conocida tesis del sociólogo alemán Max Weber, que establece una

estrecha relación entre el calvinismo y el origen del capitalismo, aunque esta idea ha sido matizada posteriormente por otros investigadores. Recordemos también que, en su día, la Reforma reivindicó la libertad de conciencia para poder pensar de forma distinta a la iglesia oficial. Era la defensa de la autonomía de la conciencia individual frente a la idea, para ellos ya caduca, de que los fieles debían confesar sus pecados al sacerdote como intermediario entre Dios y el hombre. Como consecuencia de ello, el individuo asume su responsabilidad, lo que conduce a una moral en cierto sentido más estricta, porque Dios está siempre presente observando nuestras acciones y el sacerdote no puede liberar al pecador de su mala conciencia. Como es bien conocido, la idea de libertad individual, a partir de Lutero y Calvino, fue impregnando asimismo la mentalidad política y repercutió en la relación entre gobernantes y gobernados, con el consiguiente establecimiento del individuo como ente político.

¿Hasta qué punto se manifiesta esta mentalidad en la política actual holandesa? Esta segunda reflexión me la suscitó la dimisión en bloque del gabinete de Mark Rutte en 2021 a raíz del escándalo relacionado con la concesión de ayudas a hijos de familias inmigrantes. Las irregularidades cometidas por el fisco holandés en este asunto motivaron la presentación de una moción de censura por parte de *Groen Links*, el partido verde de izquierdas. Antes de que esta se materializara, el gabinete dimitió (ya lo hizo anteriormente en 2012), al tiempo que Mark Rutte hacía acto de contrición: asumir la responsabilidad política por los errores cometidos. El gesto reforzaba la popularidad e imagen del primer ministro, un político hábil que lidera actualmente su cuarto gabinete de coalición de centroderecha desde 2010. Educado en el seno de una familia fiel a la Iglesia Reformada neerlandesa, Rutte es quizá el arquetipo actual en la política europea de la mentalidad protestante, lo que se puso internacionalmente de manifiesto en el papel que desempeñó respecto a la distribución del fondo de reconstrucción europeo y su posición de bloquear las ayudas a España si nuestro país no se comprometía a acometer profundas reformas estructurales. Una actitud que irritó

a muchos y que tal vez solo pueda explicarse desde esta mentalidad que estamos comentando.

La renuncia al cargo público, muy frecuente en la praxis política holandesa, se entiende como un gesto imprescindible para restaurar la confianza del ciudadano en las instituciones. Mucho tiene que ver, claro está, con lo que denominamos “cultura política”, un término difícil de definir con precisión, porque, al igual que el mismo concepto de “cultura”, se nutre de una compleja amalgama de valores, creencias, actitudes, conocimientos y experiencias en el marco de una determinada comunidad o nación. La dimisión de un cargo público por errores cometidos o incumplimiento de responsabilidades no se percibe en los países de tradición protestante como una asunción de culpa que cause vergüenza o deshonor al dimisionario, sino todo lo contrario: su efecto es el de la expiación de la culpa, que de otro modo sería difícil de soportar en la conciencia, y la restitución, desde el punto de vista moral, de su imagen ante la sociedad.

En Europa, a pesar de los valores que cohesionan al viejo Continente, existe un contraste muy notable de culturas políticas en las que a veces existen dificultades para el entendimiento recíproco. En ocasiones, las diferencias se alimentan de estereotipos, como el caso que nos ocupa: el sur de Europa católico, derrochador, vividor, donde la mentalidad picaresca, arraigada en el *modus vivendi* público y privado a lo largo de siglos de atraso económico y desigualdad social, favorece la tendencia a la corrupción y al gasto público descontrolado. Y, por otro lado, la mentalidad nórdica, de raíz calvinista, defensora del orden, el control y la austeridad en el gasto público, asentada en las sociedades económicamente más avanzadas gracias a múltiples factores históricos, tales como el temprano desarrollo de la burguesía y la industria; una mentalidad más racionalista, pragmática e individualista. No pocas veces estas imágenes estereotipadas condicionan la realidad, como podemos observar en las posiciones de condescendencia y superioridad que con cierta frecuencia adopta el Norte de Europa frente el Sur (así se vio en el semanario *Elsevier Weekblad*, que en mayo del 2020 tachó a españoles e italianos de

vagos por reclamar un elevado presupuesto para paliar la emergencia del Covid-19).

Curiosamente, la tendencia al individualismo de una sociedad que hunde sus raíces en la mentalidad calvinista se ha manifestado claramente durante el periodo pandémico en las reacciones de una parte de la ciudadanía holandesa ante las restricciones impuestas por las autoridades. Al principio, el primer ministro se resistió a dictar medidas estrictas –como ya estaban haciendo muchos países– que supusieran una limitación de la libertad. A lo largo de varios meses Rutte repitió una y otra vez que confiaba en la responsabilidad individual y el sentido común de sus compatriotas, con lo que el uso de la mascarilla era recomendable pero no obligatorio. Durante la primera ola de la pandemia, cuando parte de Europa estaba confinada en sus casas, los holandeses se paseaban alegremente por los parques. La mentalidad era, en el fondo, muy calvinista: a nosotros no se nos dan órdenes, a nosotros se nos convence con argumentos, y somos libres para elegir. Cuando finalmente, ante el preocupante desarrollo de los acontecimientos, se decretó el toque de queda, se produjo una fuerte reacción de rechazo en cierta parte de la población, que lo percibía como una reminiscencia bélica y una limitación de la libertad individual. Y, aprovechando el malestar general, para disgusto y escándalo de la mayor parte de los holandeses, se produjeron graves altercados y actos vandálicos en las calles protagonizados por grupos de jóvenes violentos. Las acciones de protesta, como hemos visto recientemente, se han ido produciendo también en otros países, en especial en el norte de Europa.

Regresemos ahora a Louise, la joven racionalista de la novela de Enter, que busca desprenderse de la educación calvinista que le ha sido inculcada desde niña, una educación que a lo largo de los años ha ido despertando en ella un profundo resentimiento, porque siente que le robaron la infancia, obligándola a moverse por “un mundo falso en el que la felicidad, el miedo y las expectativas de futuro se basaban

en una fantasía perturbada”. Y esto le genera una profunda aversión hacia personas que siguen transmitiendo estas ideas, como el consejero parroquial, el amigo de su madre, cuya “especie” lleva siglos haciendo exactamente lo mismo: “[...] amenazar a los niños con el infierno y ocupar con certezas no demostradas todo el espacio del cerebro reservado a las preguntas inteligentes”. Louise ha conseguido soltar esta rabia con mucho esfuerzo, pero teme que, el día de su muerte, lo último que le resuene en la cabeza sea un salmo, porque sabe que nunca podrá librarse completamente de su educación. Ella es, valga la paradoja, una atea calvinista, pues por un lado ha renunciado a la fe y confía en la ciencia, pero, por otro lado, su forma de concebir la vida y el mundo está, en el fondo, imbuida del espíritu protestante: la rebelión contra la iglesia, contra las falsedades que se explican a los niños para atemorizarlos, contra los que creen profesar la verdadera doctrina, y, naturalmente, contra la limitación de la libertad de pensamiento y acción.

Hoy, en los Países Bajos, como en otros países occidentales, existe un acelerado proceso de descristianización. Al parecer, el número de católicos practicantes supera al de los protestantes, pero, con todo, es indudable que el protestantismo ha dejado, para bien y para mal, una marca indeleble en la mentalidad social y en la cultura política del país, incluso en el alma rebelde de los más radicales apóstatas, como nos enseña esta bella novela, profundamente holandesa, de Stephan Enter, que he tenido el placer de traducir al español. Es lo que podríamos llamar, acertadamente, un ateísmo calvinista. Desde el Sur a veces nos cuesta entenderlo. 🐣

ISABEL-CLARA LORDA VIDAL ES LICENCIADA EN FILOLOGÍA HISPÁNICA POR LA UCM. DIRIGIÓ LOS CENTROS DEL INSTITUTO CERVANTES DE UTRECHT, LONDRES Y NÁPOLES Y HA TRADUCIDO AL ESPAÑOL LAS OBRAS DE DESTACADOS AUTORES NEERLANDESES. ESCRIBE EN DIVERSAS PUBLICACIONES SOBRE TEMAS CULTURALES Y LITERARIOS.